

LOS DOS HERMANOS

Estamos en las afueras de un pueblo del Alt Urgell. Dos hermanos, casados y con un hijo e hija, cada uno. Cada uno de ellos, hace tres o cuatro años, se construyó una casa con una gran extensión de huerta, de la que ellos mismos se cuidaban.

Habían sido campesinos toda su vida. Habían heredado de los padres huerta y terreno y habían hecho las nuevas construcciones. El hermano mayor se llama Pablo y el pequeño, Juan.

Los dos hermanos, las esposas y los hijos entre ellos se llevaban bien, a pesar de ser muy diferentes. Pablo era un hombre muy centrado en él y su familia. Poco amigo de hacer favores y relacionarse demasiado con la gente del pueblo.

En cambio, Joan era todo corazón, abierto, simpático y muy risueño. Los dos, con sus esposas, se ocupaban de vender en el mercado cada martes. Los chicos y chicas todavía iban al Instituto, a la Seu de Urgell.

Pablo y su mujer pensaban que una manera de hacer felices a sus hijos era dándoles todos los caprichos que pedían. Cada uno tenía su ordenador y todo tipo de aparatos para escuchar música. Y los días de fiesta disponían de dinero para ir a la discoteca de la Seu y recorrían, con sus 16 y 17 años, todas las fiestas mayores de los alrededores. Ni del huerto, ni de las gallinas, ni de los conejos, no tenían nunca, no sólo cuidado, sino el más mínimo contacto.

La chica, con sus 16 años, lucía ropa de las mejores marcas francesas. La proximidad con Andorra les permitía comprar lo que quisiesen.

Juan y su mujer tenían otra forma de pensar. Darían a los hijos todo lo necesario. También ellos querían que fueran felices, pero en la medida de sus posibilidades, que sin embargo eran pocas. El estudio era lo primero. Los hacían colaborar en las tareas del huerto y los animales de la granja que tenían, conscientes de que aquello era el medio de vida de la familia.

También ellos podían ir a la Seu, si lo querían, los días de fiesta y, ¿por qué no?, a las fiestas mayores; pero su actitud no era prepotente, como la de sus primos, que les gustaba figurar de padres ricos y de todo lo que tenían.

Pablo y su mujer venían en el mercado todo lo que cada semana llevaban, pero no creáis que fuesen capaces de dar ni una lechuga a más bajo precio o, incluso, sin cobrar, a algunas personas que ellos sabían muy bien que estaban necesitadas.

Les hacía falta el dinero para guardarlo e irse enriqueciendo y para satisfacer todos los caprichos de los hijos.

Juan y la mujer, en cambio, siempre reservaban algo para dar a las personas, que sabían que lo estaban pasando mal. Unas patatas, media docena de

huevos, unos calabacines... iban cada semana, sin que nadie se enterara, en el cesto de una abuela que vivía sola y no tenía familia.

También cada semana, media docena de huevos para María de Cal Cisco, viuda con tres hijos pequeños, que apenas podía ir alimentando... Y así cada semana. Todo el mundo los amaba, porque sabían dialogar con todas las personas e interesarse por sus problemas y festejar con ellos, sus alegrías.

Pablo no quería que nadie supiera el dinero que tenía, y lo escondía en un agujero en el suelo, en la cuadra del caballo. Desconfiaba de los bancos, porque decía que lo robaban todo.

Juan tenía su libreta de ahorros en una entidad bancaria, en la Seu, y vivía tranquilo.

Los hijos fueron creciendo y las chicas llegaron a la edad en la que muchos pretendientes se acercaban. Eran muy bonitas ambas. María, que así se llamaba la hija de Pablo, era muy vanidosa y creída, como ya os he dicho, y todos los chicos del pueblo le parecían poco. Deberían hacer de labrador y ella quería ser una "señora".

Montse, la hija de Joan, más sencilla, se enamoró de un chico, Pedro, campesino del pueblo, de una casa pequeña, que eran masoveros de unos señores de Barcelona. Ella no desmerecía la labor de payés, era la que habían hecho toda la vida y les había proporcionado los medios para vivir y estudiar hasta terminar el bachillerato.

Así fueron pasando unos años. Montse se casó. Fue una fiesta grande. Todo el pueblo se alegró mucho y quisieron acompañarla en ese día tan señalado.

María no encontraba a nadie a su medida y seguía esperando.

Los chicos tenían novia. La de Marc, el hijo de Pablo, era una chica de casa rica de la Seu de Urgell, tal y como correspondía a su nivel. La de Daniel, hijo de Juan, era también de Seu de Urgell, una chica muy trabajadora, modista como su madre.

Pablo seguía guardando su dinero bajo tierra y pagando todos los caprichos de los hijos, que no trabajaban en nada.

Todo iba transcurriendo así, pero un día hubo un susto fuera del pueblo. Una tormenta descargó tan fuerte y tanta agua, tanta piedra cayó, que estropeó todas las cosechas; pero lo peor fue que el río se desbordó e inundó campos y casas de alrededor, cogiendo de lleno las de Pau y Juan.

Aquel día coincidió en que las familias estaban en la Seu de Urgell. Celebraban el cumpleaños de Marc, y su padre había invitado a la familia de su hermano al cumpleaños de Marc, y su padre había invitado a la familia de su hermano a comer en un restaurante.

¡Qué susto, cuando llegó un buen hombre al restaurante y dijo que el pueblo se había inundado y que en el río se veían mesas, sillas y ganado, que el agua había arrastrado a su paso!

Pablo pensó en su dinero. Toda la fortuna bajo tierra, y cogió el coche y corrió como un loco al pueblo.

¿Qué encontró?... Mesas, sillas, muebles bailando dentro del agua, las aves de corral, el caballo arrastrado río abajo... ¿Y el dinero?... Nada de nada, todo el suelo descubierto y vete a saber dónde habían ido a parar. Buscó y buscó, y encontró tan sólo algunas monedas enganchadas en unas pequeñas matas de lechuga; del resto de billetes de papel, ni rastro.

Ambas casas quedaron muy tocadas y toda la huerta y animales, perdidos. Ni que decir tiene que todo el pueblo se volcó para ayudar a Juan a sacar agua.

Juan quiso que ayudaran también a Pablo, que había quedado sumergido en la desesperación, al saberse completamente arruinado por culpa de su mala cabeza.

Una vez arreglados los desperfectos y las casas, otra vez en condiciones para vivir, venía la segunda parte: poner el huerto en solfa, es decir, arrancar todo lo malo y plantar de nuevo. Juan podía hacerlo. Tenía medios para alquilar jornaleros, tenía los hijos, el yerno y la mujer, y todos se pusieron a rehacer lo que habían perdido.

Pablo no tenía nada, ni dinero ni unos hijos aptos para los trabajos del campo. No sabían ensuciarse ni estar bajo el sol agachados, desbrozando y plantando. Tenía una mujer desesperada llorando por todo lo que habían perdido y que le echaba en cara continuamente su mala cabeza. Pero allí estaba el hermano, el hermano que había recibido por parte de ellos más bien críticas y desprecio por su forma de ser y comportarse. El hermano le dio la ayuda necesaria para reponerse y para que comprendiera que la auténtica felicidad no se encuentra en poseer mucho, en tener muchas cosas, en pasárselo siempre bien, en desmerecer y despreciar a los demás, sino que se encuentra al trabajar honradamente, al saber amar y ser buen amigo de todos y no permanecer encerrado egoístamente.

Pablo lo entendió. A los hijos les costó más, pero también comprendieron que debían rehacer el camino y ser más humanos, más sencillos y abiertos.

Al cabo de unos años supe, por un amigo, que las dos familias se rehicieron, que Pau, la mujer y los hijos habían cambiado mucho de modo de ser. La lección había sido dura, pero la habían aprendido:

"No vales por lo que tienes, sino por cómo eres".